

La tempestad rugía en Castilla desatada y formidable.

La licenciosa vida del rey y la poco decorosa conducta de la reina tenían disgustadas a todas las personas sensatas, y las alborotadas y amigas de sediciones, porque en ellas medraban, se hacían también las víctimas y se erigían en jueces de los monarcas castellanos.

Algunos grandes señores gobernaban y dominaban el revuelto y empobrecido reino: el conde de Ledesma, conocido por el favorito de la reina, lo era también del rey, y éste le agració sucesivamente con grandes mercedes, y entre otras, con el Maestrazgo de Santiago, que siempre había obtenido un príncipe de sangre real, y con el ducado de Alburquerque.

Enrique IV, sin vasallos y casi sin tropas, pues cada gran señor tenía sus compañías pagadas y adictas, se halló en el caso de ponerse bajo la dependencia y consejo de los dos monarcas más terribles entonces: del fogoso y batallador D. Juan II



de Navarra y Aragón, y del hipócrita e insidioso Luis XI de Francia.

A entrambos pidió el rey de Castilla una conferencia, y marchó a Bayona, dejando de nuevo a su hermana Doña Isabel al lado de la reina su esposa.

La infanta se consideró feliz por haberse librado de la boda con el rey de Portugal, y a su vuelta a Valladolid abrazó a su hermano menor con la íntima satisfacción de la persona que ha conseguido escapar de un inminente peligro.

Escribió luego a su madre, y ésta la felicitó por su fortaleza, pidiéndole que fuese a verla con el niño Alfonso, en tanto que duraba el viaje del rey a Bayona.

Muy contenta accedió a este ruego la infanta, huyendo de la atmósfera pestilente de la corte y refugiándose en la soledad, al lado de su adorada madre: la compañía de la reina, más débil que culpable, pero que llegaba ya al desorden, le repugnaba; compadecía a doña Juana, pero ya no la amaba ni podía estimarla; D. Beltrán de la Cueva, dispuesto a dar enojos a Isabel por su desdén, hacía el más ostensible y escandaloso alarde de su intimidad con su soberana: los dos iban a caza juntos; juntos comían en la habitación de Doña Juana, y las cenas se prolongaban hasta muy adelantada la noche, servidos y guardados por confidentes indignos y comprados con el oro que el favorito tomaba de las arcas reales.

La vida de la infanta se deslizaba tan solitaria y tan triste, que la pobre niña no pudo menos de mirar, como un inestimable favor, la compañía de su madre, aunque sólo fuera por algunos meses; pero ya empezaba a arreglar su equipaje una mañana, con la ayuda de su fiel amiga Doña Beatriz de Bobadilla, cuando la reina entró de improviso en su cámara.

—Querida Isabel—le dijo—, voy a partir esta tarde para Aranda y quiero que me acompañéis.

—¡Acompañaros!—repitió la infanta—; ahora mismo iba a pedirlos permiso para ausentarme yo también

—¡Vos! ¿Y adonde queréis ir?

—¿Adonde ha de ser sino a ver a mi querida madre, señora? Me ha escrito diciendo que desea mi compañía.

—Ya veo—repuso Doña Juana—que vuestra madre quiere hacer de vos más bien una religiosa que una bella y alegre princesa, como debéis ser: ea, dejadla con sus eternos rezos y venid conmigo; en Aranda nos esperan juegos de cañas, torneos, bailes y cacerías; envid con vuestra madre a Don Alfonso, y seguidme; he hecho voto de disipar vuestro humor tétrico, dejadme cumplirlo.

—Yo no tengo el humor tétrico, querida hermana y señora—dijo Isabel—; pero amo más el retiro que las fiestas.

—Eso no es posible a vuestra edad, y permitidme creer que es un sistema que empleáis para ga-



nar el corazón de vuestro hermano el rey, si es que por ventura le tiene.

No es un sistema, señora—repuso Isabel con dulzura y tristeza—; os repito que gusto más del retiro que del bullicio, y me extraña que, estando tan agobiado vuestro esposo con las discordias del reino, penséis en distracciones y en fiestas.

—¿Me reprendéis?—preguntó la reina con altivez.

—¡Yo reprenderos!

—Vuestras palabras no son más que una severa reprehensión.

—Mi propósito, al pronunciarlas, ha sido únicamente el de manifestaros mi parecer—respondió Isabel.

—¿Os lo he pedido yo acaso? ¿Queréis seguirme? ¿Sí ó no?

—Permitidme ir con mi madre.

—¡No, eso de ninguna manera: ó venís conmigo, ó permaneceréis aquí; sabedlo, niña rebelde é hipócrita!

—¡Señora, vuestro enojo es injusto y menoscaba vuestra dignidad real—observó la infanta—; creedme, yo no debo ir a Aranda ni voz tampoco; si mandáis que me esté aquí, aquí me estaré, porque mi obligación es obedeceros; pero no comprendo por qué no me dejáis ir al lado de mi madre!

—¡Pedid al rey permiso para ello; mas hasta que le escribáis, y él os conteste, no saldréis de aquí!

—Así lo haré—respondió Isabel, siguiendo con una mirada triste a la reina que se dirigía a la puerta.

Aquella tarde Doña Juana marchó a Aranda con D. Beltrán de la Cueva y con un lucido séquito de damas y caballeros, que les imitaban en sus desórdenes y libre conducta.

Isabel quedó sola y triste en el palacio, vacío de gentes y de servidores, pues unos habían seguido al rey y los demás formaban la comitiva de la reina.

Sin embargo, lo más honrado, lo poco respetable que por entonces quedaba de la nobleza de Castilla, se agrupaba al derredor de los dos hijos menores del difunto rey; D. Juan Pacheco, marqués de Villena, irritado y envidioso de la privanza de D. Beltrán de la Cueva, se declaró a favor de los infantes, más por las causas ya dichas, que por afecto a éstos, y buseó un pretexto para no acompañar al rey en su expedición diplomática; la reina, reconociéndole enemigo formidable de su favorito, no le propuso siquiera ir a Aranda.

Con el marqués de Villena quedaron junto a Isabel y a su hermano sus amigos y parciales; todos veían en el niño Alfonso el objeto de sus miras para lo venidero; todos le adulaban, e Isabel contemplaba con terror aquella reducida corte, que podría con el tiempo provocar, y con razón, las iras de su hermano, y que de seguro provocaba ya su enojo y su indignación.



—Yo soy la persona que cuida a Alfonso—decía a Doña Beatriz de Bobadilla—y la persona a quien más ama él; sin duda creerán que yo aliento aquí a todas estas gentes que se manifiestan descontentas del rey y de la reina, y ¡Dios sabe que sólo deseo para ellos la más envidiable prosperidad y la dicha más completa!

Mucho tiempo transcurrió durante las negociaciones del rey con los otros soberanos; la reina, a consecuencia de haberse prendido fuego a su caballo en una de sus diarias cenas, llevó tal susto, que dió a luz un niño de seis meses; pero muerto ya.

Entonces un rumor sordo y terrible empezó a circular por todas partes.

Censurábase cada vez más la tolerancia del rey respecto de la conducta de su esposa, y no faltó quien le atribuyó el deseo de privar a toda costa a su hermano del trono, dándolo aunque fuera a un hijo del favorito.

Muchos nobles de los que habían acompañado a la reina en su expedición a Aranda se volvieron a Valladolid, y la corte de Isabel y de su hermano Alfonso se acrecentó de una manera considerable.

D. Beltrán de la Cueva, asustado al ver estallar las primeras chispas del incendio que desde largo tiempo se preparaba en Castilla, huyó despavorido, y fué a refugiarse al lado del rey en la frontera francesa.

No ocultó a éste el favorito nada de lo que sucedía.

—¡Señor—le dijo—, vuestros hermanos están rodeados de toda la nobleza castellana; hay sedición y conatos de una rebelión tan formidable, como jamás se ha visto; volvamos, señor, volvamos cuanto antes!

—¡Ah!—gritó Enrique—: ¿Con que mi hermana conspira? ¿Con que esa niña que ha rehusado sentarse en un trono, por medio de un casamiento ventajoso, desea el mío? ¡Ah! ¡Desdichada de ella! ¡Desdichada!

—¡La infanta conspirar!—exclamó con vehemencia D. Beltrán—: ¡ah, señor! ¡No insultéis a esa niña, que tiene el alma de ángel y el temple de los héroes! ¡Nadie le habrá ofrecido vuestro trono, porque nadie se habrá atrevido a tanto; pero si se lo ofreciesen, lo rehusaría!

—¡Eh, dejadme en paz con vuestras alabanzas!—dijo el rey—, ya sé que la habéis amado; pero tenedlo entendido, el corazón de mi hermana no es capaz de comprender el amor ni de sentirlo; por lo demás, esperaremos a ver lo que decide ese rey de Francia, que dicen que es tan devoto y que tanto sabe.

—Decidirá lo más vergonzoso para ti y para tus reinos—murmuró el maestro de Santiago fijando una mirada desdeñosa en su soberano y dejando la cámara real lleno de indignación.



Convinose, al fin, en las conferencias habidas en Bayona, en que los monarcas castellano y francés tendrían una entrevista cerca de aquella ciudad, y en las márgenes del río Bidasoa.

Enrique IV acudió a ella vestido de brocado de oro, con manto azul de terciopelo, y montado en un caballo blanco; rodeábale su guardia morisca, y la barca que tenía preparada, para atravesar el río, estaba empavesada y llevaba velas de tela de plata, recamadas de flores.

Los demás caballeros de su séquito rivalizaban asimismo en galas y preseas; todos vestían ricas armaduras de oro y plata; todos ostentaban en sus trajes cadenas y guirnaldas de piedras preciosas; y hasta la lucida tropa de pajes y escuderos, que seguía a cada uno en brillante escolta, hacía gala y alarde de una inusitada riqueza, y ofrecía, con sus preciosos joyeles, sus vestidos de seda, y sus soberbias plumas de colores, un conjunto deslumbrador.



Hería el sol los escudos y las lanzas de los soldados, y ante tan espléndido espectáculo, los habitantes de todos los pueblos comarcanos salían en tropel, guarneciendo, con animados cordones de bullentes cabezas, las márgenes del río.

Pero el que superó en magnificencia a toda la corte, y aún al monarca mismo, fué el gallardo, el apuesto, el arrogante D. Beltrán de la Cueva; sus servidores formaban la más vistosa de todas las escoltas de pajes, escuderos y hombres de armas; tenía barca propia, como el rey, pero que resplandecía más que la del monarca, pues sus velas eran de brocado de oro, y estaban bordadas de diamantes de tal pureza, que deslumbraban la vista con sus resplandores.

El traje del favorito estaba también cuajado de pedrería; llevaba éste al cuello una cadena de ocho vueltas, toda formada de brillantes y esmeraldas, de un tamaño extraordinario, que mezclaban sus reflejos sobre el terciopelo blanco de su ropilla de corte.

Al lado del rey, pequeño, miserable, flaco, escuálido, D. Beltrán de la Cueva estaba deslumbrador de hermosura, de gallardía y de riqueza.

El monarca francés Luis XI se presentó vestido con tan sórdida pobreza, que, más que habitual, parecía calculada de antemano para hacer resaltar la esplendidez y gallardía de los caballeros castellanos: llevaba un justillo de fustán, y una corta

sobrevesta de paño burdo, completando su atavío un sombrerillo raído, al que había sujeta una imagen de plomo de la virgen.

Todos los caballeros de su corte vestían, poco más o menos, como el monarca, pues aquel monstruo de hipocresía, no hubiera permitido en su corte, ni al derredor de su persona, el menor asomo de lujo.

Luis XI esperaba a la orilla del río con su acompañamiento de fantasmas.

El monarca castellano se embarcó y pasó el Bidasoa.

Nadie hubiera dicho que él era el que iba a pedir consejo y ayuda, al ver su espléndida apariencia.

Nadie hubiera sospechado que el mendigo coronado era el que iba a prestar esa ayuda y a dar ese consejo.

A pesar de todo, nada había más cierto; el rey vestido de paño burdo era el que, en efecto, iba a recibir vasallaje del monarca cubierto de pedrería.

Todos los caballeros castellanos siguieron a su rey, ocupando la brillante flota; los barqueros agitaron los remos, y las barcas cruzaron en pocos minutos los cristales del río.

Saltó en tierra la corte castellana; el rey de Francia se adelantó algunos pasos y abrazó al de Castilla dándole después ambas manos.

Las dos cortes se mezclaron también, retirán-



dose a una respetuosa distancia de los reyes, que, sentados en dos sitios bajo un dosel de lana, mandado levantar por el de Francia, empezaron a hablar con animación.

Enrique IV expuso a Luis XI, no sólo las agitaciones de sus reinos, sino también sus disgustos domésticos, con tan torpe franqueza y candidez, que le rebajaron mucho a los ojos del sagaz y astuto rey de Francia.

Este se mordió las uñas; se quitó su monterilla de paño, que puso sobre sus rodillas; rezó, al parecer, durante algunos segundos; besó después la imagen de plomo, volvióse a cubrir, y dijo:

—Amigo y señor, grandes males tiene V. A. que remediar; y a grandes males, grandes remedios.

—¿Y cuáles son esos remedios, mi querido señor? preguntó Enrique IV; decídmelos, pues a eso he venido a este sitio, implorando vuestra amistad y sabiduría.

—Ved, pues, lo que yo os ordeno y aconsejo como amigo y aliado vuestro que soy, dijo Luis XI mostrando en sus labios una sonrisa cruel; los catalanes volverán a la obediencia de su rey D. Juan, y para que lo hagan, vos retiraréis las tropas que tenéis en Cataluña desde que vivía el príncipe de Viana.

—¡Qué decís! exclamó Enrique, quien, a pesar de su impasibilidad, y de sus no muy largos alcances, saltó al oír la primera parte de la sentencia:

—¿Y los gastos que he hecho en favor del difunto príncipe de Viana?

—Por ellos se os dará la ciudad y merindad de Estella, y hasta que retiréis las tropas, la reina vuestra esposa y su hija Doña Juana quedarán detenidas en rehenes en la villa de Larraga.

El silencio siguió a este terrible y deshonesto juicio.

Luis XI, dado su ultimatum, permaneció impasible, y, al parecer, siguió rezando entre sus muelas, pues dientes ya no tenía.

El rey de Castilla meditó dolorosamente durante algunos instantes.

Al cabo de ellos preguntó al monarca francés:

—¿No encontraréis otro medio para contener y remediar los males que me afligen?

—Ninguno—respondió Luis XI—; yo no doy otro parecer porque no lo tengo.

—¡Sea!—dijo Enrique—; así como así la reina ha llevado hasta el fin mi paciencia con sus locuras y desórdenes.

—Sí, sí, no será malo sujetarla—añadió Luis—; y de su hija tampoco os puede importar gran cosa...

—¡Señor!...—exclamó Enrique indignado.

—Vaya, vaya, aquí hablamos como amigos, y nada más; a no ser por lo mucho que os conviene que os libren de ellas, no pediría yo rehenes; pero, creedme, esta medida os deja con la tranquilidad necesaria para arreglar vuestros reinos, que bien



lo necesitan, y poner a buen recaudo a la niña Isabel y al niño Alfonso, quienes, a pesar de ser vuestros hermanos, también son vuestros mayores enemigos; ¡eh!, ahora id a descansar a Fuenterrabía, donde os tengo preparado alojamiento para vos y los vuestros, y yo me iré a mi buena ciudad de Bayona con los míos.

## XVIII

Imposible es describir la indignación que causó en todos los ánimos la sentencia del rey de Francia, y más aún la conformidad ciega y censurable del rey de Castilla.

Los embajadores catalanes salieron de la corte de Enrique IV vaticinando en voz alta grandes desastres para aquel reino sin ventura, tan mal regido y tan desgarrado por los partidos y las banderías; los castellanos demostraron también energicamente su disgusto, y empezaron a acusar al marqués de Villena y al arzobispo de Toledo de estar vendidos a los reyes de Aragón y de Francia, y de haber inducido al débil Enrique a ponerse en manos del hipócrita y malvado Luis XI; y como semejantes acusaciones tenían sobrado fundamento, los furiosos de los partidos se exacerbaban hasta un punto indecible.

El rey de Castilla, aturdido, anonadado, privó de sus empleos y desterró de su lado a Villena y al arzobispo, acusados de traición; después marchó a Lerín, villa de Navarra, para pasar luego a



Estella, que era la ciudad que le había sido otorgada en la sentencia del Bidasoa, como indemnización de los gastos hechos a favor del difunto príncipe de Viana; pero el condestable mosén Pierrres de Peralta se apoderó de ella, negando la entrada y la obediencia al rey de Castilla, que tragó este nuevo ultraje con una pusilanimidad sin ejemplo, y dejó su ciudad en poder de los que se la habían usurpado, sin reclamarla ni dejar oír más que débiles y vergonzosas lamentaciones.

Esta última prueba de la cobardía del rey puso el colmo a la osadía de los partidos: formóse en Burgos una liga; la reina fué presa en Aranda, con su hija, y encerrada en el castillo de Alaejos por el arzobispo de Sevilla; por el mismo arzobispo que, cuando se desposó Doña Juana con el rey de Castilla, dió a la regia desposada una cena de tal magnificencia, que hizo servir, como último plato, dos bandejas de anillos de oro y piedras preciosas, de las que, no sólo la reina, sino también todas sus damas, escogieron cuantos fueron de su agrado.

El rey, camino ya de Castilla, recibió un escrito de los coaligados en Burgos, exigiéndole las concesiones siguientes:

Que desterrase de su lado y del reino a su guardia morisca.

Que desposeyese a D. Beltrán de la Cueva del Maestrazgo de Santiago, por ser éste propio de un infante de la casa real.

Que diese dicho Maestrazgo al infante D. Alfonso, su hermano.

Que anulase la jura de la infanta Doña Juana, hija del rey, y presa a la sazón con su madre, como princesa de Asturias, y fuese jurado heredero de la corona el infante D. Alfonso.

Añadían los confederados que, de no acceder el rey a todas sus condiciones, harían armas contra él y se apoderarían de su persona.

Enrique IV había olvidado, sin duda, hasta la memoria de lo que era el decoro real; apresuró su viaje a Valladolid, y, entre tanto que llegaba, hizo decir a los confederados que accedía a todo, y que acudiesen a buscar al infante D. Alfonso, que les sería entregado, para que le jurasen príncipe heredero de sus reinos.

Llegado a su palacio, el débil monarca se ocupó de dos proyectos que, a su parecer, lo arreglaban todo.

Dispuso los esponsales de su hija Doña Juana con su hermano D. Alfonso, que iba a ser jurado heredero, en perjuicio de la princesa, y las bodas de su hermana la infanta Doña Isabel con el maestro de Calatrava D. Pedro Girón, que era uno de los más furibundos señores de la liga y el más turbulento de los enemigos del rey.

A pesar de estos dos proyectos, Enrique IV estaba devorado de inquietudes al llegar a Valladolid; sus hermanos salieron a recibirle a lo alto de la escalera del alcázar, e Isabel quedó asombrada



al ver a Enrique pálido, flaco y envejecido, como si hubiera vivido veinte años en los meses que había pasado lejos de ella.

La barba de Enrique había blanqueado, sus cabellos se habían caído, sus ojos estaban apagados, su frente aparecía llena de arrugas.

El desgraciado monarca había sufrido mucho; aunque sin fortaleza alguna, no era, sin embargo, insensible a los insultos y a las humillaciones, según lo atestiguaba la ruina de su salud.

No bien subió la escalera de palacio, se oyó en el patio un fuerte rumor de caballos y de armas; la infanta Isabel que iba al lado del abatido monarca, se asomó a una ventana y se retiró con el semblante demudado.

—¿Qué pasa?—preguntó Enrique.

—¡Señor—dijo la infanta—, acaban de llegar el marqués de Villena, el arzobispo de Toledo y el maestre de Calatrava, acompañados de muchos hombres de armas..., ya se apean..., ya se dirigen a la escalera..., ya suben!...

—Está bien—repuso el rey con una calma sombría—; sé cuál es el objeto de su venida; D. Alfonso, preparaos a partir con esos señores.

Enrique IV entró en la cámara, y esperó de pie la llegada de los emisarios.

Presentáronse estos, en efecto; el Arzobispo de Toledo iba a hablar, pero el rey no le dió tiempo para hacerlo, y tomando a su hermano por la mano, le dijo:

—Aquí tenéis al infante; juradle heredero de mis reinos, según vuestros deseos, y devolvédmele al instante para desposarle con la infanta Doña Juana, a la que, por más que digáis en contrario, considero como a mi hija.

—¿No venís, Isabel? gritó el infante extendiendo la mano que le dejaba libre el Arzobispo de Toledo, que ya le había asido la diestra: ¿os quedáis aquí?... ¡Oh, yo no quiero irme sin vos!... ¡No, no quiero dejaros!

La infanta nada halló que contestar; la alegría inopinada de la elevación de su hermano menor, el dolor de ver que se separaba de ella, la sorpresa, la incertidumbre, la tenían como presa de una angustiosa pesadilla.

El marqués de Villena, como hombre de gran talento, comprendió la crítica situación de la infanta, y dijo al príncipe:

—Señor, vuestra augusta hermana se reunirá muy pronto a vos; venid, os necesitamos para juraros heredero del reino.

—¿Adónde le lleváis, señores?—exclamó Isabel arrojándose con ansia hacia los coaligados—¿adónde lleváis al infante.

—Va a ser jurado en el Campo de Cabezón, cerca de Ávila, señora—respondió el Arzobispo—después de la ceremonia, le devolveremos al rey para que celebre los esponsales que desee entre el infante D. Alfonso y la infanta Doña Juana.

—Ved lo que os propongo, señor Maestre de Ca-



latrava—añadió Enrique IV—; a la vez se pueden celebrar vuestras bodas con mi hermana Isabel, si aceptáis su mano.

El feroz Maestre se quedó mirando al rey mudo de asombro.

La infanta, a pesar de su gran fortaleza de ánimo, lanzó un grito agudo, llevó ambas manos al rostro, y se desplomó en el pavimento sin color y sin vida.

El espanto le había producido una congoja mortal.

Lanzose a socorrerla el Arzobispo de Toledo; pero al ver que el rey se abalanzaba hacia el niño D. Alfonso, quizá para apoderarse de nuevo de él, volvió a asir su presa, hizo una señal a los otros dos embajadores, y todos salieron precipitadamente, llevándose al príncipe, que lloraba y se resistía, extendiendo los brazos hacia su hermana.

Algunas horas después, la infanta, retirada en su cámara, lloraba a solas con su fiel amiga y dama de honor Beatriz de Bobadilla; esta se hallaba apoyada en el sitio de su señora, y la contemplaba con profundo dolor.

—¡Oh, Dios! exclamó la infanta; ¿estaré condenada a que me destinen a los hombres que más debo detestar en la tierra? ¿Y será preciso que me case con el que me es tan inferior, con quien más me espanta, por su carácter feroz y sanguinario?

—No, señora—repuso Doña Beatriz—antes de

veros casada con el terrible Girón, yo misma tendré valor para libertaros de él, y, si no de otra manera, conseguiré mi intento, hundiéndole un puñal en el pecho! (1)

—Dios no querrá que yo sea libre a costa de un crimen, respondió Isabel estrechando la mano de su fiel servidora; ¡oremos, Beatriz! Oremos, y sálveme el que todo lo puede!

---

(1) Histórico.



¿Cómo podrá mi débil pluma describir la terrible época de azares y desórdenes por que pasó la monarquía castellana en aquellos tiempos de disturbios y ambiciones?

Empresa colosal es esta y que requiere, no sólo una paciencia a toda prueba, sino una inteligencia superior y un profundo conocimiento de la historia.

Con el temor natural que debía sentir quien se reconoce exenta de tan esenciales dotes, no he colocado antes a Doña Isabel I en mi GALERÍA DE MUJERES CÉLEBRES; pero habiéndome prestado el valor de acometer tan difícil como grata tarea, el deseo de rendir un justo tributo de admiración a la que con tan legítimos títulos se conquistó la del mundo entero, no han de faltarme fuerzas y voluntad para llevar a cabo mi propósito, alentándome, como me alienta, la confianza en la benévola indulgencia de mis lectoras.

Romperé por el dódalo de sucesos que, como en tropel, se presentan a mis ojos diciendo que el



niño Alfonso fué reconocido maestre de Santiago y proclamado príncipe de Asturias y heredero de la corona en el Campo de Cabezón, con gran pompa, al sonido de pregones, trompas y atabales, y con asistencia de toda la nobleza castellana, que dejó casi aislado a D. Enrique.

Pero después de proclamado el príncipe, nadie habló de devolverle a su hermano, y si se oyó alguna alusión relativa al asunto, los coaligados la rechazaron con tesón y enojo, declarando a los autores de ella que no tenían que pensar en semejante cosa.

Cuando los Grandes hubieron decidido guardarse a D. Alfonso, se trató de proclamarle rey, y los más irresolutos fueron conocidos por los más atrevidos.

Con efecto, el infante niño fué alzado sobre un tablado, adornóse un busto del rey, su hermano, con las insignias reales, y después, a son de pregón, fué despojado de ellas y se las vistieron a Don Alfonso, proclamándole rey y pasando a rendirle pleito homenaje toda la nobleza allí reunida.

El niño parecía atónito, y cada vez que hablaba era únicamente para pedir que le trajesen a su madre y a su hermana.

—Pronto estarán al lado de V. A., señor—dijo el marqués de Villena.

Mas ¿por qué me dais *Alteza?*—preguntó el niño—; este título sólo debe darse al rey, mi hermano y señor.

—Ya no hay más rey en Castilla que vos—repuso D. Pedro Girón.

—Pues ¿y Enrique?

—Ha dejado de serlo.

—¿De veras?

—Nada más cierto; desde hoy V. A. será quien gobierne.

—¿Yo reinaré? ¿Y cómo puede ser eso? A la verdad que no os entiendo.

—Vuestra Alteza firmará y hará cuanto nosotros le aconsejemos—dijo el maestre de Calatrava.

—En ese caso no reinaré yo, reinaréis vosotros, y yo no haré nunca mi voluntad—repuso el nuevo rey con inflexible lógica.

—Señor, V. A. hará también lo que sea de su agrado—observó el maestre.

—Entonces dejadme ir a ver a mi madre: eso es lo que más deseo.

—Iréis, señor.

—¿Y cuándo?

—Cuando V. A. lo determine.

—Hoy mismo.

—Hoy no puede ser; pero irá V. A. muy en breve, yo lo aseguro.

—Y así que vuelva, ¿traeréis a mi lado a mi hermana Isabel?

—Eso sí que puede V. A. darlo por hecho, señor: la infanta se llamará muy en breve esposa mía.

Al oír estas palabras el infante se irguió con al-



tanería; de sus ojos azules salió un relámpago de orgullo; volvióse al maestro, y respondió:

—¿Esposa vuestra mi hermana? ¿Soñáis acaso, D. Pedro?

—No, señor—repuso el turbulento caballero—; el rey, vuestro hermano, me ha ofrecido la mano de la infanta.

—Si el rey, mi hermano, os ha hecho semejante concesión, este otro rey que, según vos, debe gobernar desde hoy, os la niega. ¿Lo entendéis? Os la niega.

—Pero, señor, ¿será posible?...

—Os niego la mano de mi hermana—repitió el niño—; y aunque yo no fuera rey ni estuviera, como lo estoy, jurado y reconocido como tal, no seríais el esposo de Isabel. Ella se casará, por lo menos, con un hijo y hermano de reyes; tenedlo entendido y no me habléis más del asunto.

El infante volvió la espalda dichas estas palabras; bajó del tablado y se internó en la tienda de campaña, donde debía pasar la noche, y en cuya cimera brillaba la corona real de los monarcas castellanos.

El niño Alfonso tenía carácter y corazón, y no era, como de su edad se podía temer, el juguete de un partido; empezó a resistirse a lo que le parecía injusto o incompatible con su dignidad, y aunque la noticia de su firmeza llegó con la rapidez del relámpago hasta los puntos más lejanos del reino, deseando los pueblos adherirse a toda

costa a cualquier otro bando que no fuera el del débil Enrique, muchas ciudades aclamaron al nuevo rey: Toledo, Burgos, Córdoba y Sevilla alzaron pendones por D. Alfonso, y el desgraciado Enrique, a quien, a pesar de sus extravíos, es preciso compadecer, solo, sin aliados, sin ciudades, sin esposa y sin hija, dejó escapar, en medio de su profunda aflicción y desamparo, aquellas memorables palabras de Jorb:

*«Desnudo sali del seno de mi madre, y desnudo me espera la tierra.»*

Pero la extremada osadía de la liga despertó los sentimientos de la hidalguía castellana en algunos nobles que abandonaron la confederación.

Verdad es que los pueblos, en general, despreciaban profundamente al rey; mas éstos se sublevaron al ver hollada con tanto atrevimiento la autoridad real.

El conde de Haro, el marqués de Santillana, los condes de Medinaceli y Almazán, y otros muchos próceres del reino, se agruparon alderredor de Enrique IV; y éste marchó con ellos a Toro, donde pudo reunir un ejército de setenta mil infantes y catorce mil soldados a caballo.

La liga, sin embargo, lejos de temer aquellas fuerzas, iba ganando poblaciones; puso sitio a Simancas, que estaba por Enrique; allí, reproduciendo los moradores de la ciudad la escena del Campo de Cabezón, escarnecieron y quemaron sobre un tablado la efigie del arzobispo de Toledo,



al que llamaban el motor y sostenedor de tan espantosa lucha civil; a tal estado habían llegado las cosas, que el hambre, la peste, la aflicción, se apoderaron de los pueblos, esquilados a impuestos, vejados por las tropas, asolados por todos los rigores de una guerra intestina y llena de odios y rencores personales.

Enrique, dando otra nueva muestra de la imperdonable debilidad de su carácter, optó por la avenencia, cuando el estado del reino exigía ya un último esfuerzo y hacía preciso batir a los rebeldes a sangre y fuego; llegadas las cosas a aquel término los paliativos eran imposibles, y sólo servían para envalentonar a los sublevados; así se lo dijeron al rey todos los fieles vasallos que habían armado sus compañías y sufragaban con sus arcas los gastos del ejército. No obstante, Enrique volvió a entablar negociaciones con el marqués de Villena, quien, al ver las respetables fuerzas con que contaba el rey, se prestó a ellas y se avino a algunas condiciones, poniendo otras por su parte.

Convínose al fin que en el término de seis meses volverían todos a la obediencia de Enrique, que el infante D. Alfonso dejaría el título de rey y que en aquel plazo de seis meses cada uno de los dos hermanos retiraría su ejército.

Cualquiera hubiera creído que la anarquía y la agitación del reino habían llegado a su colmo, y, sin embargo, después de ajustadas aquellas negociaciones aún creció más el desorden.

Mandaban dos reyes a la vez en Castilla; ambos tenían sus respectivos palacios y gobiernos, convocaban cortes, y ejercían todas las funciones de la soberanía, mientras que los pueblos, sin amparo en las autoridades ni en la ley, tenían que acudir a hacer hermandad para defenderse de la gente de guerra, que, convertida en bandas de malhechores, infestaba caminos y ciudades.

La liga, lejos de cumplir sus promesas, respectivamente a deshacer su ejército, procuraba, por el contrario, aumentarlo y afirmar la corona en las sienes del niño Alfonso; en cambio, la ciudad de Valladolid, donde a la sazón residía el infante, aprovechó la ocasión de ir éste a visitar a su madre, y proclamó de nuevo a Enrique IV como rey y soberano.

En tal estado las cosas, recibió Enrique un consejo por medio de un escrito en el que se le decía el medio de separar a la poderosa familia de los Pachecos de la liga; este medio consistía en apresurar la boda de la infanta Isabel con el maestre de Calatrava, hermano del marqués de Villena; dicho casamiento, tratado como se sabe desde la vuelta del rey de las conferencias de Bayona, se había ya olvidado a causa de las continuas agitaciones del reino.

Enrique IV volvió a mirar aquel proyecto de enlace, no sólo como ventajoso, sino ya como el único medio posible de salvación; escribió al Maestre, recibió su respuesta, y se señaló día para los desposorios.



Había llegado la infanta Doña Isabel a los diez y seis años de su edad, y reunía la más rara belleza al más noble carácter.

Una mañana se levantó después de haber pasado la noche inquieta y llena de un mortal desasosiego.

Había pasado una parte de ella en el oratorio; pero a las tres se volvió a su lecho sin poder hallar tampoco en él ningún reposo.

Era que había vuelto a oír hablar de sus bodas con el sanguinario y feroz guerrero que se llamaba D. Pedro Girón.

Levantóse no bien el alba extendió sus primeras luces y volvió al oratorio.

Estaba pálida, pero de vez en cuando una llamada subía a sus mejillas, y una luz extraña se encendía en sus ojos; de rodillas delante de una imagen del Crucificado, ora rezaba en voz baja, ora hablaba en alta voz, respondiendo a sus propios pensamientos.

—¡Sí, decía, huyamos de aquí! Mi hermano menor me llama y necesita de mi compañía; mi ma-



dre, mi santa madre, dedicada a una vida de soledad y oración, me aconseja también este partido.... ¿por qué he de esperar aquí, a que mi hermano mayor me entregue a ese hombre a quien aborrezco?

Una puerta se abrió entonces a espaldas de la princesa, y sin que ésta lo notara, una cabeza asomó por ella.

Aquella cabeza era de mujer, y de mujer hermosa; despojada de las tocas de lino, que las damas usaban en aquel tiempo, una masa de cabellos negros, hechos trenzas, caían por su espalda; dos ojos negros se abrían bajo su frente avobedada y noble; y de aquellos ojos, llenos de vida y animación, se desprendió una lágrima después de contemplar por algunos instantes a la infanta.

—Huyamos, se dijo ésta levantándose.

—Huyamos, repitió también la dama que se hallaba asomada a la puerta de la cámara.

—¡Señora! exclamó Doña Isabel que había reconocido la voz, volviéndose, y mirando a la que había repetido aquella palabra; ¿pues no estábais en rehenes?

—Me he escapado, repuso Doña Juana con agitado acento... me he escapado... descolgándome por medio de una cuerda... que se rompió... me caí... me lastimé... yo no sé lo que ha pasado... he venido aquí, para deciros que voy a huir de la corte, y veo que también vos queréis hacer lo mismo... huyamos, pues, juntas... huyamos, Isabel!

—Yo voy a Segovia—dijo la infanta—; pero vos no podéis hacer conmigo causa común.

—¿Por qué?

—Porque yo huyo de mi hermano.

—Y yo huyo de mi esposo, al que aborrezco, al que desprecio... ¡Oh! No me digáis nada acerca de mi deber... Nada oiré... Dadme un asilo en Segovia... Al lado de vuestra madre, donde queráis... Pero huyamos de aquí... Mirad que pasado mañana debe llegar el maestre de Calatrava para casarse con vos.

La infanta se estremeció; acercóse a la puerta de otra cámara, que comunicaba con la suya, y llamó:

—¡Beatriz!

—Aquí estoy, señora—respondió la de Bobadilla.

—Un manto... Mis joyas... Tres caballos... Pronto... Vamos a partir.

—Todo está dispuesto—dijo la reina—; un amigo fiel, con algunos servidores, nos espera en la poterna; cubrios y salid. ¡Pronto, Beatriz! ¡Las joyas de la infanta, y seguidnos!

Doña Juana asió la mano de la joven princesa, y la arrastró hacia la puerta, bajando en silencio la escalera.

Doña Beatriz las siguió llevando bajo el brazo un cofrecito bastante pesado.

Torcieron por una oscura galería; pasaron un corredor, bajaron otra escalera de caracol, y se



hallaron en la angosta puerta de una poterna, al parecer cerrada; pero apenas la reina hubo tocado con su delicada mano, se abrió, y apareció a los ojos de las dos princesas un caballero armado de pies a cabeza.

—¡D. Beltrán!—murmuró Doña Isabel—. ¡Siempre este hombre en mi camino!

—Me voy con la infanta—dijo Doña Juana llevando aparte al favorito—; acompañadnos hasta Segovia, donde hallaremos a D. Alfonso, y quedáos en su partido.

—¡Qué osáis proponerme!—repuso D. Beltrán—. ¡Podré ser traidor al esposo de la mujer a quien amo; pero a mi rey... jamás!

—¿Qué es, pues, lo que vais a hacer?—preguntó Doña Juana.

—Dejaros en poder de D. Alfonso, y volver a combatir a sus parciales, al lado de D. Enrique.

—¡Ah! ¡Os reconozco!—exclamó la reina estrechando la mano de D. Beltrán—. ¿Por qué no se os parece mi esposo, y él y yo hubiéramos sido felices?

—¡Aprésurémonos a marchar, señora! Me parece que oigo pasos—exclamó Doña Beatriz de Bobadilla.

—Montad con Isabel, conde—dijo la reina, a la que el terror hacía olvidar los celos—; yo sé tenerme bien, aunque los caballos tengan que correr.

—Y yo también—repuso la futura conquista-

dora de Granada; así, señor conde, no necesito vuestra ayuda, ni aun para montar, como vais a ver.

Isabel se acercó al caballo que parecía más brioso y que piafaba impaciente, puso el pie en el estribo y de un salto quedó sentada en la silla; echóse al rostro su largo velo, y poniendo su cabalgadura al trote, dijo con voz contenida:

—¡Ganemos tiempo, o vamos a ser sorprendidos!

Cada uno saltó sobre otro caballo, y siguió a la valerosa joven, perdiéndose todos en el camino que conducía a Segovia, donde a la sazón se hallaban la reina madre y el infante D. Alfonso.

Al anoecer de aquel día, una tropa de brillantes caballeros llegaba al palacio en que Enrique IV, sabedor de la doble huida de su mujer, y de la fuga de su hermana, se paseaba por su estancia entregado a la mayor desesperación, y maldiciendo a su avara suerte.

—Señor—dijo un paje de la antecámara—, todos los caballeros que acompañaban al maestro de Calatrava, han llegado, y piden ver a V. A.

—Que entren—contestó el rey sin saber lo que decía siquiera.

Penetraron en la estancia como unos treinta caballeros, todos nobles y pertenecientes a los tercios de la poderosa familia de los Pachecos.

—¿Qué traéis, señores?—preguntó el rey—. Si no me engaño, algunos de vosotros debíais llegar



con la comitiva de D. Pedro Girón, al que esperaba esta noche.

—Todos veníamos con el Maestre, señor—repuso uno de los nobles por él y por sus compañeros.

—¿Y acaso le habéis abandonado?

—No, señor; quedan aún algunos valientes caballeros guardando su cadáver.

—¡Su cadáver!—repitió el rey palideciendo.

—Sí, señor; anoche ha muerto, y veníamos a participarlo a V. A.

—¡Ha muerto!—repitió el rey consternado—. Pero, ¿dónde? ¿Cómo?

—En Villarrubia, al dirigirse desde Almagro a Madrid; algunos de nosotros creemos que ha sido a causa de un ataque al cerebro; pero entre los demás ha circulado la palabra veneno.

—Pero, ¿quién estaba interesado en dárselo?—preguntó el rey—. ¿Quién ha sido?

—Los enemigos de la paz, señor; los que fian a la guerra todos sus adelantos; los que no quieren sacrificar sus intereses al enaltecimiento de los Villenas.

El rey se dejó caer en su sitial, abrumado de aflicción, desalentado y sombrío.

—Idos—les dijo a los caballeros—; dejadme solo; mi hermana ha huído, pasándose al bando del infante; la reina, escapada también de los rehenes en que estaba, se ha unido a ella; solo estoy, y solo quiero morir.

## XXI

Muchos días duraron la aflicción y el desaliento del rey; pero como la desesperación extrema necesita un pronto término, aunque sea el de la muerte, Enrique tuvo, aunque a la fuerza, que ocuparse de sus asuntos, cada vez más enmarañados y más sujetos a continuas decepciones.

Apenas pasaba un día sin que muchos partidarios del rey se marchasen al campo de su hermano; éste, gobernado por el arzobispo de Toledo, se portaba de tal modo con los suyos, era tan espléndido, tan humano, tan afable, que se conquistaba todas las voluntades.

Los partidarios del infante ocupaban las plazas más fuertes del reino, y Enrique, viéndose sin vasallos y sin ciudades, salió al fin de su marasmo y se decidió a la guerra, seguro de que ya no podía apelar a otro medio ni empeorar su deplorable situación.

El ejército del rey, al mando de D. Juan de Velasco, se dirigió a la villa de Olmedo, ocupada a la sazón por los confederados.